

No en mi nombre

Pocas horas después de la matanza que el ejército ruso provocó en el teatro Dubrovka, al asaltarlo con armas químicas –rematando después, con un tiro en la sien, a la gran mayoría de los secuestradores, mujeres incluidas- el primer ministro israelí, Ariel Sharon, felicitó a Putin “por su firmeza y coraje en la lucha contra el monstruo del terrorismo”, añadiendo que la operación militar fue “un perfecto ejemplo que todos los países desarrollados deberían seguir”. Que el genocida sionista trate de sacar partido de la tragedia desencadenada en Moscú, intentando legitimar su terrorismo de estado contra el pueblo palestino en una *cruzada internacional contra el terrorismo* donde todo vale, está dentro de lo esperable. Como lo estaba también que el presidente Bush se apresurara a afirmar que la pérdida de vidas inocentes había sido “resultado del terrorismo internacional” y no de la acción del gas tóxico que fue inmediatamente letal para más de cien rehenes y no sabemos qué efectos irreversibles va a tener sobre otros cientos.

Pero que los gobiernos europeos que se declaran defensores de los derechos humanos, y la propia Unión Europea, aplaudan la masacre y a su inspirador, el presidente de la Federación Rusa, que es cabeza visible del sistema mafioso y corrupto instaurado en aquel país, quizá fuera menos esperable y, por ello, más indignante. Por poner sólo algunos ejemplos, la UE, a través de un comunicado de su actual presidencia danesa, ha señalado que “el gobierno ruso ha demostrado una gran prudencia en esta situación extremadamente delicada”. Chirac, el presidente francés, expresó su “profundo alivio” por la terminación del secuestro y su “solidaridad” con Putin. Al igual que hizo Gran Bretaña, aplaudiendo el “rápido final” del problema y lamentando “la muerte de personas inocentes” (¿asesinadas por quiénes?, habría que preguntar). También Aznar se congratuló del *éxito* del asalto al teatro, mostrando en un telegrama su “alivio y felicitación por el fin de una situación que presagiaba crímenes aún mayores”. E incluso la Casa Real española expresó al presidente ruso su “apoyo y solidaridad”, junto con la “profunda pena por la muerte de tantas víctimas inocentes” (dos cosas poco compatibles, ya que las muertes fueron resultado directo de la orden dada por Putin).

Ante tantas felicitaciones al nuevo dueño del Kremlin, algunos no tenemos menos que afirmar que no se dan en nuestro nombre. Que, al igual que rechazamos la utilización del terror como medio de llamar la atención sobre problemas

vergonzosamente silenciados –como es el caso del genocidio ruso en Chechenia, sólo denunciado por Amnistía Internacional sin que los gobiernos de los *países democráticos* hayan levantado la voz para protestar-, rechazamos el uso implacable y desmesurado de la violencia, caiga quien caiga y no importa con qué consecuencias para las poblaciones, como método de resolución de los conflictos.

Un buen número de intelectuales norteamericanos ha tenido, días atrás, la gallardía de firmar un manifiesto con el título que encabeza este artículo, desmarcándose del ardor belicista de Bush y de sus planes de agresión a Irak, y denunciando su intento de imponer la filosofía de la “guerra preventiva” como eje de la llamada seguridad nacional. Más modestamente, algunos aquí creemos que es un deber ético afirmar que las felicitaciones del presidente Aznar y del propio Rey a Putin no las hacen en nuestro nombre.

Que hayamos tenido noticia, sólo el secretario general del Consejo de Europa ha resistido la oleada de aplausos, señalando que “el drama pone de manifiesto la necesidad urgente de encontrar una solución política para el conflicto de Chechenia”. Empujar en tal sentido no sólo es lo justo sino también lo sensato, para impedir que vuelvan a producirse acciones como la de estos días, que nada tienen que ver con Ben Laden, ni con Sadam Hussein, los talibanes o el “terrorismo islámico”, sino con la desesperación de un pueblo, el checheno, abandonado a su suerte y masacrado por el ejército de la Rusia “democrática”, como hace cincuenta años lo fue por el de la Rusia “soviética” de Stalin y hace un siglo por el de la Rusia imperial del zar.

¿No es revelador que fueran mujeres, viudas de desaparecidos y de torturados hasta la muerte, las que constituían buena parte del grupo terrorista (para ellos mismos, guerrilleros, una palabra por cierto española)? ¿No da luz suficiente sobre la tragedia la cínica respuesta de Javier Solana, el “ministro de Exteriores” de la Unión Europea, cuando, al ser preguntado hace unos meses acerca del por qué de la intervención de la OTAN contra Serbia, para defender a bosnios y kosovares de la violación de sus derechos, y la no intervención, y ni siquiera presión, sobre Rusia respecto a Chechenia, justificó la distinta política confesando que el motivo era el carácter de potencia nuclear de Rusia?

Estar contra el terrorismo no puede significar, con la pretendida justificación de que se trate de “asuntos internos” o de preservar la “seguridad”, consentir el terrorismo de Estado, que sería, presuntamente, el terrorismo “bueno”. Esto es una perversión que

de ningún modo puede admitirse. Y quienes la acepten, por favor, que no hablen en nuestro nombre.

ISIDORO MORENO
Catedrático de Antropología
Universidad de Sevilla